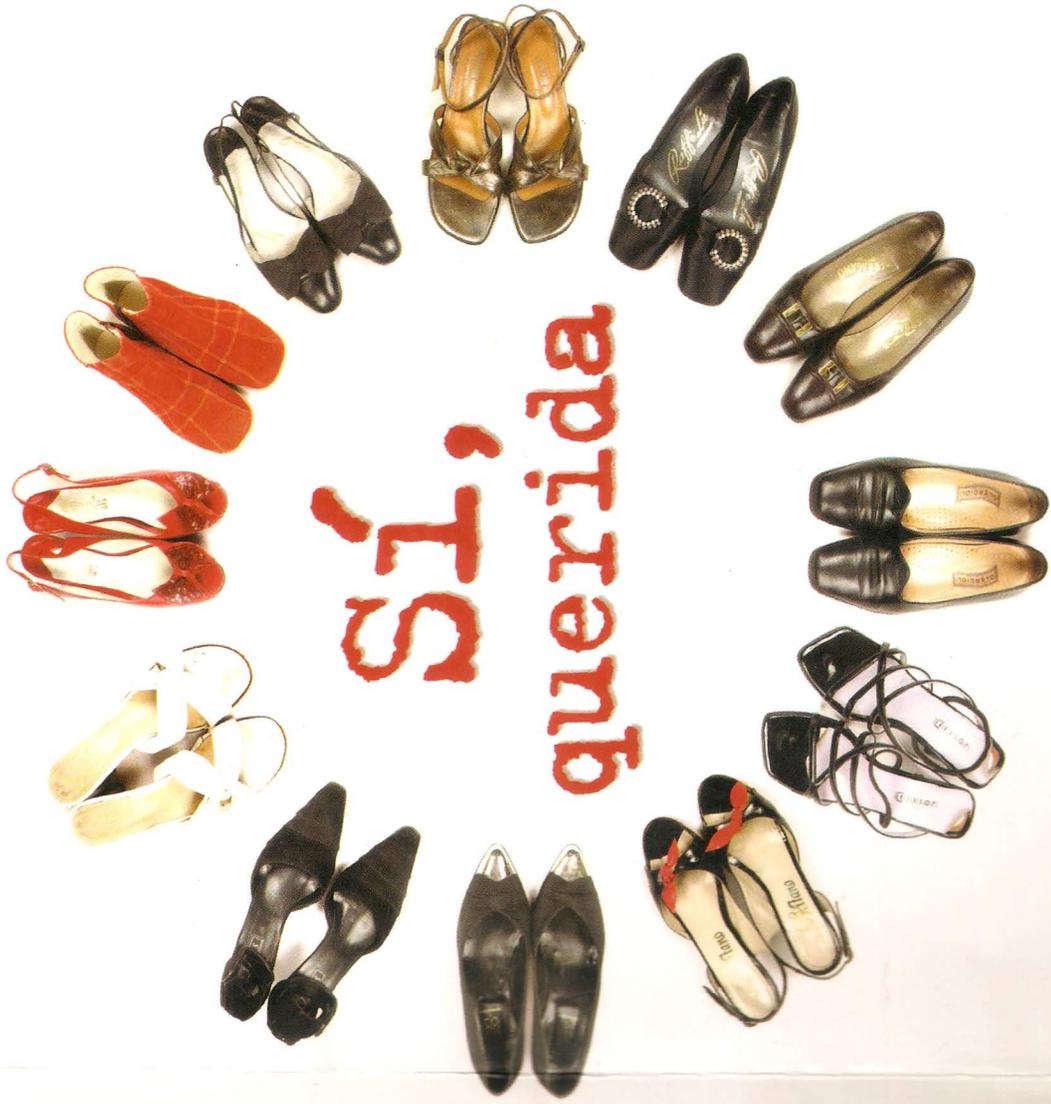


Juan Carlos Volnovich



El poder de los sometidos

## 5. YO, SOLITO

—Yo, solito.

En mi sillita de bebé, cuchara en mano, desde un principio solía reivindicar mi derecho a meterme en la boca lo que yo prefiriera al grito de "yo, solito".

Aún conservo la foto que atestigua lo que digo. Se me ve así, con una sonrisa triunfante, esgrimiendo la cuchara como estandarte junto al plato y con toda la papilla esparcida por la cara, por el pelo, por la ropa, por la silla y por el suelo. "Yo, solito."

Yo solito fui adelantando y creciendo. Haciendo gala de mi autosuficiencia, yo solito me peinaba, yo solito me abotonaba y yo solito aprendí a atarme los cordones de los zapatos. Yo solito hacía los deberes para la escuela y yo solito cruzaba la calle. Yo solito montaba a caballo, yo solito andaba en bicicleta sin rueditas auxiliares y yo solito viajaba en colectivo. Cuando llegué a mi adolescencia, yo solito me masturbaba, yo solito le robaba el coche a mi papá, yo solito me metía en cada lío, yo solito me hacía la rata y yo solito esperaba que llegara el momento de vivir solo para hacer sólo, yo solito, lo que yo quisiera hacer.

Yo, solito, me acerqué a ella cuando la conocí. Y yo, solito, la invité a salir por primera vez. Fue así.

Tenía veintidós años y acababa de regresar del

Carnaval de Río, a donde había ido yo solito con Pepe y Héctor, dos compinches maravillosos. Fue entonces cuando me llamó José, otro atorrante con quien solíamos transitar profundas reflexiones trascendentes sobre la vida y la muerte y con quien habitualmente manteníamos intensos diálogos, plenos de densidad conceptual.

—¿Por dónde anduviste?

—Estuve en Río, ¿y vos?

—En Mar del Plata.

—¿Cogiste?

—Sí.

—¡No me digas!

—Si no querés no te lo digo.

—¿Cómo no voy a querer? Contame.

—Me levanté a una mina, ¡divina! Y estoy de novio. Estudia Psicología.

—Contame más.

—Ahora voy a visitarla. ¿Querés venir, así la conocés? Está estudiando en casa de una amiga.

—Estás loco. ¿Cómo voy a caer así nomás, sin avisar, en casa ajena?

—Dale. Vení que están solas, porque los padres de la amiga están de viaje.

—¡Voy! ¿Dónde nos encontramos?

—En el "Petit Café".

Llegamos, Beatriz recibió a José con un saludo pornográfico, me presentaron a Silvia y desaparecieron.

Yo solito me quedé con Silvia sin saber qué ha-

cer, más que eludir su mirada (a estas alturas yo estaba alertado acerca de los peligros que corríamos los varones cuando una mina nos miraba a los ojos), preguntarle cómo se llamaba, qué hacía (estudiaba Psicología, obvio) y esperar que ella hiciera sus propias preguntas.

—¡Lo hizo! Fue entonces cuando aproveché para hacerle saber que yo solito había estado en Río con mis amigos y, después de informarle que lo que yo más quería en este mundo era vivir yo solito, me despedí y me marché sin más trámites a cumplir con mi destino de ser autónomo e independiente. Beatriz y José no volvieron a aparecer.

—Al día siguiente me llamó José para invitarme al cine.

—Claro que sí.

—Yo voy con Beatriz. Y vos, ¿por qué no la llamás a la mina esa?

—¿A cuál?

—La mina esa. La que conociste ayer, la que estaba estudiando con Beatriz.

—Pero si ni el número de teléfono tengo.

—Eso es lo de menos. Yo te lo consigo.

—Lo consiguió y la llamé.

—Hola.

—¿Te acordás de mí? Yo soy el que el otro día estuvo solito de visita con José.

—Ah. Sí.

—Beatriz y José van al cine mañana. ¿Querés que nos sumemos a la partida?

—Sí. Claro.

—Yo solito te paso a buscar a las nueve, entonces. A las nueve en punto, yo solito, toqué el timbre. Silvia bajó y nos encontramos con Beatriz y José.

Lo del cine se frustró rápidamente. No había más localidades en ninguno de los cines del barrio, así que allí estábamos, sábado a la noche, los cuatro parados en una esquina y sin saber qué hacer. Yo solito propuse ir a bailar.

—Tengo el coche en la otra cuadra —dije. (El coche que yo solito le había afanado a mi viejo, claro está.)

Y fuimos a bailar a "Enamour", una *boîte* de Olivos.

Bailamos, charlamos. Volvimos a bailar. Yo solito charlé hasta por los codos. Yo solito bailé toda la noche hasta que llegaron los "lentos" y allí, para mi gran sorpresa, la mina me miró a los ojos —por poco me encandila con la mirada— y me tiró un besito. Claro indicio de que quería casarse conmigo. Así es que aproveché la oportunidad para hacerle saber que yo solito no pensaba casarme por el momento. Le mentí. No pensaba casarme por el momento ni nunca. Porque lo que yo quería —no sé si esto ya lo mencioné— era vivir a mi manera y solo, como correspondía. Pero ella, empeñada de entrada en torcer mi decisión y decidida a doblegar mi voluntad, tomó la iniciativa y me miró a los ojos. Yo solito no podía creer en lo desembozado de su audaz provocación. ¡Me miró a los ojos! y, claro, frente al despliegue de tamaña artillería pesada,

ante una ofensiva de ese tipo, ni yo solito pude resistirme. Porque, además, no contenta con mirarme, fue más allá aún y me tiró un besito. Mucho tiempo después —como a las dos horas— empecé a darme cuenta de que el gesto que había hecho con los labios no era un besito, sino un tic nervioso. Pero, como lo importante era el sentido que yo solito les atribuía y les atribuyo a los datos empíricos que la realidad me ofrece y no la intencionalidad de quien los ejecuta, para mí el tic nervioso no era un tic nervioso sino que era un besito con el que ella me hacía saber perentoriamente y sin discusión que quería casarse conmigo, cosa que yo solito de ninguna manera pensaba aceptar.

Pero la besé. Sin medir las consecuencias, yo solito la besé. Es muy difícil resistir la tentación cuando uno es objeto de una provocación tan premeditada y alevosa. Por más inocencia que nos asista, cuando sobre uno se descarga una andanada tan implacable y a mansalva, no hay quien aguante. Así que besarla fue apenas una tímida reacción, justificada por la desmesura del estímulo con el cual me desafiaba. Ella me incitó a hacerlo, y yo solito claudiqué. Y, ya se sabe, un beso trae al otro, un abrazo supone una caricia, la ternura deja lugar al desenfreno, la pasión ocupa el lugar de la razón y uno termina arriando los estandartes de la autonomía e izando al tope del mástil el banderín de la dependencia.

Porque, al fin y al cabo, de carne somos, débil es

la carne y ni yo solito fui capaz de impedir a tiempo que audaz se elevara un águila guerrera en vuelo triunfal.

Yo solito la acompañé hasta su casa. Yo solito me quedé con ella esa noche y todas las noches que siguieron. Yo solito le propuse que viviéramos juntos el resto de nuestras vidas. Yo solito viví con ella el resto de mi vida. Yo solito no he dejado de recordarle ni uno solo de los días de nuestra vida compartida —para que quede bien en claro— que lo mío es vivir de manera autónoma e independiente, solito y sin ataduras.

## 6. FUSILES, VOLANTES, PAÑUELOS Y CACEROLAS

Poco sutiles los soviéticos a la hora de copiar el diseño y los avances tecnológicos logrados por el capitalismo. Imaginemos la siguiente escena: un alto miembro del Partido toma conciencia de la necesidad de que la Unión Soviética fabrique sus propios automóviles. ¿A qué lugar dirigir la mirada sino hacia donde históricamente se fabricaron los primeros automóviles y donde entonces y ahora se producen los mejores del mundo? Los ojos puestos en los Estados Unidos. Esa idea fija —esa fijación mutua— dominó casi todo el siglo XX. Para allí parte el experto ruso: a copiar del “imperialismo” un modelo adecuado a las necesidades del pueblo y, por sobre todo, de los miembros del Partido. De allí regresa con la propuesta del Volga. Un coche grande, grande. Ostentoso. Muy parecido a los modelos Ford de la década del sesenta, de antes de la crisis del petróleo. Parecido, pero no igual. Más ampuloso. Más tosco. Más blindado también, más invencible.

El Volga vino a responder a varias exigencias contradictorias: hagamos un coche de lujo que, de paso, nos sirva de ambulancia en caso de guerra. Hagamos una ambulancia que, de paso, nos sirva de tanque para ir de visita a Europa. (Esa obsesión que tenían los soviéticos por visitar Europa, preferiblemente en tanque.) En definitiva les salió el